

“AMÉRICA LATINA EN EL LABERINTO NEOLIBERAL”

MsC. Ramón Labañino Salazar
Vicepresidente ANEC, Cuba

Más de diez años de intenso recorrido de la crisis global, han servido para revitalizar el neoliberalismo en América Latina de la mano de una restauración conservadora a través de elecciones y golpes de Estado, y en sintonía con el gobierno norteamericano, que proclama sin ambages, al comenzar el siglo XXI, a la Doctrina Monroe como su política hacia la región. A pesar de constituirse como un proyecto económico político de carácter global, es América Latina y el Caribe, el lugar donde el neoliberalismo ¡intenta renovarse!

Postergada ha quedado la “década dorada” o “década virtuosa” de la región –por su bonanza económica en términos de tasas de crecimiento, aunque dentro del subdesarrollo, dentro de la dependencia–, que pareció abrir paso a la construcción de un “regionalismo postliberal” e hizo posible la estructuración de una integración regional de diferente signo (ALBA, CELAC, PETROCARIBE, UNASUR), que aportaba ventajas económicas y aún más, espacios mayores de maniobra política frente a la tradicional posición de Estados Unidos de ver a América Latina como su “patio trasero”.

La fugacidad de aquella bonanza estuvo sustentada en los altos precios de las exportaciones de los productos básicos favorecidos por la gran ola

especulativa en ese mercado y la agotable demanda china.

Gobiernos que condenaron al neoliberalismo y sin embargo muchas de sus políticas conllevaron a su continuidad. El cáncer neoliberal ya había hecho metástasis, y el enfermo seguía muy grave. El golpe recibido por el campo popular fue tan terrible (capitalismo salvaje, brutal, sin anestesia, sin Estado regulador) que hablar de capitalismo suave y planteos anti neoliberales se pudo sentir como un bálsamo. Todos esos planteos social-populares trataron de tomar distancia de las políticas neoliberales, sin conseguirlo de un modo contundente. En vez de transformar las condiciones de producción y acumulación, solo corrigieron ciertos excesos del neoliberalismo. No tocaron las bases de la dominación oligárquica, dejaron pasar la temporada de altos precios de sus productos primarios y mantuvieron en el comando de la economía a connotados neoliberales bien vistos por el FMI.

Al no actuar sobre los pilares estructurales de la desigualdad y no transformar la matriz de acumulación económica heredada de la era neoliberal anterior, el asistencialismo mostró sus límites, por lo que no es extraño que en ese contexto la educación política no funcione, porque la realidad impone su ley sobre el discurso

De modo casi inmediato a la llegada al gobierno de la nueva hornada neoliberal, desde 2014 se ha hecho visible la desaceleración económica de la

región. En sus previsiones para 2019, el siempre moderado Fondo Monetario Internacional (FMI), ha recortado la tasa de crecimiento económico para la región, pasando de 1,4% al 0,6%. Y la CEPAL la ha bajado del 1,3% al 0,5%, por debajo del poco más del 1% de los dos años anteriores y la tasa más baja de los últimos tres años (-0,2% en 2015 y -1% en 2016), con lo que se completará un lustro de desaceleración económica. Durante el primer trimestre de 2019, la actividad económica del conjunto de países latinoamericanos se contrajo y se pronostica una desaceleración generalizada para todo el año: 21 de los 33 países de la región tendrán cifras peores que en 2018¹.

En el actual contexto internacional de sesgo recesivo del crecimiento y del comercio, ese descenso promete continuar. Ello comporta una menor demanda de exportaciones, que traduce en menor inversión y consumo, aumento del desempleo y disminución de los ingresos fiscales. América Latina parece condenada a otra década perdida!

Armas para combatir la recesión global.

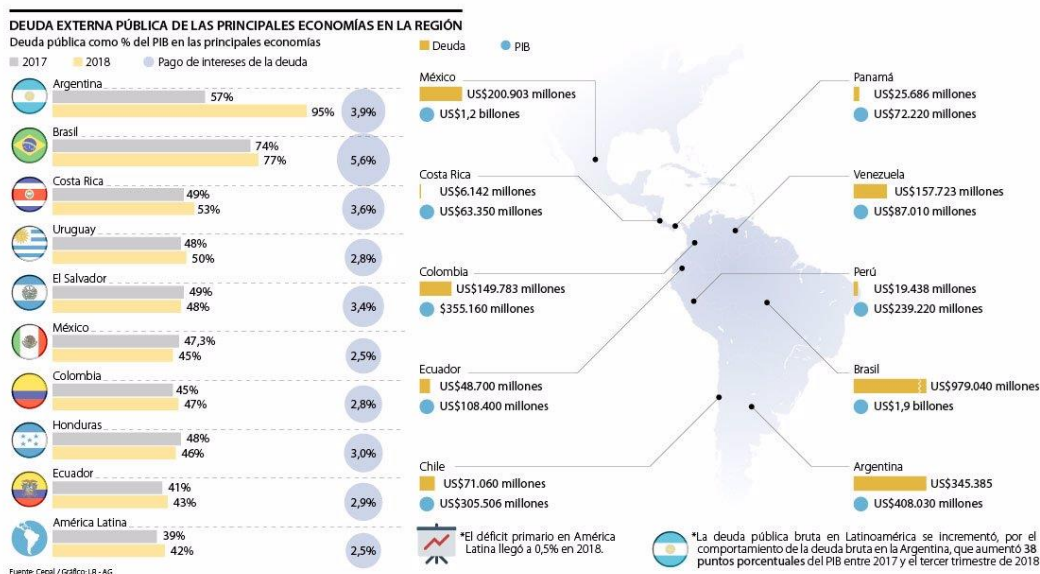
Otra vez, el fantasma de las políticas de ajuste fondomonetaristas recorre las economías latinoamericanas. El déficit fiscal del conjunto de los países de la región se contrae cada vez más y se ubicó en el 0,5% del PIB en 2018 frente al 0,8% en

¹ Solo 3 países tendrán un comportamiento destacado (más del 5% de crecimiento), 11 lo harán de buena forma (entre 2,6% y 5%), 16 vivirán una situación por lo menos regular (entre 0% y 2,5%) y 3 perderán el curso (se contraerán).

2017. En el Caribe, el superávit aumentó del 0,9% del PIB en 2017 al 2,1% en 2018, en concordancia con la necesidad de continuar generando excedentes sustanciales para estabilizar y reducir el alto nivel de deuda pública (CEPAL, 2019).

En efecto, la deuda pública bruta de Latinoamérica está en aumento y constituye una sangría imparable que sigue postergado el desarrollo genuino de la región: en 2018 alcanzó el 42,3% del PIB, frente a 39,4% en 2017. La deuda externa que hasta 2006 había bajado a 663 mil millones de dólares, hoy ronda los 2 billones de dólares. Y en los últimos cuatro años, ha subido 10 puntos porcentuales al pasar del 20% del PIB en 2014 hasta 30% en 2018. (Kucher, 2018).

En el Caribe el nivel de la deuda pública bruta es muy elevado (72,4% del PIB en 2018) y sus intereses absorben el 60% del PIB de esa región (CEPAL, 2019). ¡Es un peso insostenible e insoportable! De hecho, la CEPAL ha venido planteando el alivio de la deuda para los países caribeños, sobre todo a raíz del necesario proceso de normalización de la política monetaria en los países desarrollados.



Fuente: CEPAL, 2019.

A pesar del deterioro del contexto externo, los sectores públicos y privados de la región no han sufrido una interrupción seria en su acceso al financiamiento gracias a las bajas tasas de interés predominantes en los países desarrollados – cercanas a cero o incluso negativas. Así, la región ha podido sortear los pagos de deuda aún sin contar con nuevos proyectos de inversión, especialmente en países con estancamiento o caída en su actividad económica (por ejemplo, Brasil).

Si las tasas de interés internacionales aumentan – como hasta hace muy poco– la región puede enfrentar una combinación letal de factores: 1) reducción de flujos de capital; 2) deterioro en los términos del intercambio comercial; y 3) un aumento en el costo del financiamiento para los sectores públicos y privados.

La región no parece tener alternativa al aumento del ritmo del ajuste fiscal para garantizar la sostenibilidad de la deuda en el corto y mediano plazo, especialmente si la entrada neta de capitales continua cayendo.

El problema consiste en que se trata de mayor endeudamiento de la historia de América Latina, y no está resultando en mayor inversión pública, crucial para las perspectivas de crecimiento futuro, y los programas sociales, necesarios para preservar los considerables logros conseguidos durante la denominada década dorada. El aporte del gasto público al crecimiento se ha contraído. Los gastos de capital en América Latina, pasaron del 3,6% del PIB en 2017 al 3,2% del PIB en 2018, su nivel más bajo desde 2007 (Núñez, 2019).

La inversión del sector público está lejos de cubrir todas las necesidades y la del sector privado es claramente insuficiente. Desde 2007, el aporte empresarial latinoamericano ha descendido del 43% al 35%. Y los endebles sistemas fiscales regionales no dejan mucho margen de maniobra. Y eso que en la última década la inversión creció del 51,8% al 58,6% (Núñez, 2019).

El gasto en investigación y desarrollo (I+D) es muy bajo en toda la región (0,8%) y muchos países están por debajo de 0,5%; en comparación con 2,5% del PIB en los países de la OCDE, 2,8% en Estados Unidos y 4,3% en Israel (Núñez, 2019).

De ahí que la innovación, la piedra angular desde la que impulsar el cambio de matriz productiva y conectar a la región con la Cuarta Revolución Industrial, sigue siendo una asignatura pendiente de todos los países latinoamericanos, lo cual explica que no se haya convertido aún en la palanca desde la cual activar ese conjunto de procesos que conducen a construir economías más productivas y competitivas, que no queden al margen de las principales corrientes comerciales y económicas globales.

Ante la falta de verdaderas reformas estructurales, los países latinoamericanos han caído en lo que se conoce como la “trampa de los países de ingresos medios”. Una situación en la cual naciones que han alcanzado un nivel de riqueza medio no logran llevar a cabo la transición hasta alcanzar ingresos altos: no consiguen mantener altas tasas de crecimiento debido a que no mejoran en productividad y competitividad. Además, sus ciclos económicos dependen del precio de las materias primas, por lo que son muy volátiles, lo cual no permite un incremento sostenido de sus niveles de ingreso per cápita. En fin, América Latina pudiera estar pagando el alto coste de no haber aprovechado la bonanza exportadora del decenio anterior para mejorar la productividad, diversificar las economías y reformar las políticas públicas para impulsar el crecimiento, que habrían sido más factibles en el periodo de bonanza exportadora.

Así, la región se ve lastrada por una estructura económica que no se basa en sectores tecnológicamente avanzados, sino en una competitividad basada en costes menores. Con una productividad laboral decreciente desde los 70, la estructura productiva general tampoco favorece la innovación o la intensidad tecnológica. La CEPAL lleva desde 2010 advirtiendo de que las economías de la región afrontan dos grandes desafíos en materia de productividad. Una “brecha externa” (el atraso de la región en materia tecnológica) y la “brecha interna” causada por la menor productividad.

De hecho, en 2019, América Latina continúa mostrando un desempeño muy bajo en competitividad (clave para salir de esa “trampa de los ingresos medios”). El índice elaborado por el Instituto para el Desarrollo Gerencial muestra que la mayoría de los países de la región viene perdiendo posiciones o mejorando muy levemente en ese terreno en los últimos años.

“La trampa de los ingresos medios” tiene una traducción concreta para los países latinoamericanos: en los últimos cincuenta años, el ingreso per cápita de América Latina se ha estancado en comparación con los países desarrollados y con las economías de rápido crecimiento del este de Asia.

Regresión social

La combinación de ciclo económico desacelerado, profundización de déficit comerciales y restricciones financieras externas, ha hecho difícil mitigar el crecimiento sostenido de la pobreza y de la desigualdad que, nuevamente y como sugiere la CEPAL, vienen experimentando una deriva ascendente en los últimos años en el continente latinoamericano. A partir de 2015, el número de pobres deja de reducirse y ya en 2018 había escalado a 182 millones y la indigencia a 63 millones. Si en los 12 años anteriores salieron de la pobreza 65 millones de latinoamericanos y 15 millones de la indigencia; en solo cuatro años (2018) los pobres aumentaron en 18 millones y los indigentes en una asombrosa magnitud de 17 millones. Uno de cada 10 latinoamericanos vive actualmente en pobreza extrema (10,2%), el máximo en una década. Y el 40% de la población de América Latina y el Caribe podría regresar a la pobreza en los próximos años (CEPAL 2019a).

Al propio tiempo, América Latina y el Caribe continúa siendo la región más desigual del mundo, donde el decil más rico concentra el 30% de los recursos, mientras que el quintil más pobre solo el 6%. La pobreza es 20 puntos porcentuales mayor en zonas rurales y afecta en mayor medida a niños, niñas y adolescentes. En el caso de los pueblos indígenas la pobreza es 23 puntos porcentuales mayor (CEPAL 2019a).

Al considerar la situación presente de los países de la región, se observa una alta heterogeneidad en cuanto al nivel de logro de las metas vinculadas a la dimensión social de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), lo que pone en riesgo su cumplimiento (CEPAL, 2019b).

Esta triste realidad, explicaría buena parte del ingente nivel de violencia homicida cada 100.000 habitantes de la región –de nuevo, para Naciones Unidas, el más elevado del globo–; que, además, afecta principalmente a los grupos más vulnerables como las minorías étnicas y las mujeres, según reconoce ONU Mujeres.

Nuevos vientos políticos

Es fácil comprender porque algunos autores hablan ya de la instalación de gobiernos "de los grandes ricos", que favorecen a los grandes capitales como reacción contra la política distributiva de las épocas de bonanza. Está en marcha una contraofensiva, "es una reacción a una distribución de los ingresos y reducción de las grandes desigualdades, una reacción a la mejoría del tratamiento del trabajo".

La regresión conservadora está revirtiendo todos los avances que se habían logrado en materia social durante los primeros quince años del siglo, ha puesto en entredicho la democracia electoral como modelo de gobierno, sobre todo cuando se pudo destituir ilegalmente a la presidenta Dilma Rousseff en Brasil y al presidente Fernando Lugo en

Paraguay, organizar el golpe de Estado en Honduras en 2009 y que después vio cómo se impuso un monstruoso fraude electoral o, la realidad que personas que han delinquido –paradójicamente protegidos por la justicia a altos cargos en sus países. Todas las formas de constitucionalismo están perdiendo peso frente a las formas más autoritarias. Y, a pasos muy acelerados, está ganando peso la estructura de poder. Y las elecciones son como un elemento secundario.

La derecha, que ostenta por amplia ventaja el campeonato de la corrupción, ha logrado, sin embargo, captar la adhesión de muchos con un discurso de denuncia de corrupción de la izquierda y promoción de campañas de limpieza moral.

Los nuevos vientos políticos podrían tener un impacto sobre los acuerdos comerciales bajo los que opera América Latina. Con Donald Trump en la Casa Blanca, Estados Unidos ha vuelto sobre la propuesta neoliberal de tratados directos, es decir bilaterales, para promover los intereses de sus empresas transnacionales y eso fue lo que logró con la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México y Canadá (TLCAN), el único tratado en el mundo que ha logrado rearmar².

Es prioridad económica de los Estados Unidos en la región, renegociar tratados, aumentar exportaciones, limitar la presencia y competir con China. Para lograr

² Quizás por ello, curiosamente Trump tiene una actitud cauta hacia López Obrador

eso, el imperio necesita cambiar el gobierno de Venezuela, no sólo para apoderarse de su riqueza petrolera –base principal del poder militar de Washington en las próximas décadas, en un contexto de agotamiento irreversible de ese recurso energético–, sino porque podría contrarrestar el “desembarco” de China y Rusia en América Latina. Por lo tanto, en Venezuela, se define el futuro de la región particularmente en términos de una integración regional alternativa.

Luego de un círculo virtuoso de surgimiento, crecimiento y fortalecimiento institucional, la integración regional acusa el embate de la estrategia de dominación hegemónica de Estados Unidos, que a lo largo de la historia ha mantenido una firme postura contraria a toda forma de integración propia de los latinoamericanos. La herramienta principal para quebrar el espíritu de concertación y pluralidad que caracterizó a la integración en esta etapa ha sido la división en base a signos políticos y a los intereses socioeconómicos que representan.

La promesa ayudar a los seguidores de E.U. , la muletilla de promoverlos como “líderes regionales”, el otorgamiento de espacios y sedes en eventos “top” de la farándula del capital internacional (Davos, G-20, Organización Mundial del Comercio – OMC–, Cumbre de las Américas) colaboró con dicha escisión. Los negocios particulares hicieron el resto.

De esta manera, apareció la Alianza del Pacífico, el grupo de Lima y se logró poner nuevamente en

escena a la alicaída y desprestigiada Organización de Estados Americanos (OEA). Al mismo tiempo, se excluyó a Venezuela del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y se debilitó a la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), restándose los representantes de la derecha de algunas de sus convocatorias. La retirada de la adhesión hondureña a la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) luego del golpe contra Manuel Zelaya y la embestida contra las naciones caribeñas para cortar lazos de reciprocidad con la revolución bolivariana, han sido las intentonas de quitar fuerza a las alianzas comprometidas con la soberanía y la solidaridad.

La creación del Foro para el Progreso de América del Sur (Prosur), otra obra de la derecha, en vez de integrar; profundiza la división regional al destruir definitivamente a la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), el único organismo en el que existía la posibilidad de convergencia de todas las naciones de Suramérica.

Más recientemente, la reactivación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) contra Venezuela, constituye otro paso en la escalada injerencista que se fragua desde la Casa Blanca contra el país suramericano, abriendo las puertas de una intervención militar y pasando por alto el hecho incuestionable –como bien lo expresó la diplomacia mexicana– de que no existe en el continente un conflicto armado que amerite la

aplicación de ese instrumento de la dominación imperialista³.

El argumento de los acusadores no podía ser más falaz: aducen que la situación en Venezuela representa “una clara amenaza a la paz y la seguridad en el Hemisferio”.

Pero, ¿acaso no es realmente una amenaza el resurgimiento del fascismo de que pisotea los derechos humanos; o el neoliberalismo endeudado con el FMI , que hambrea indiscriminadamente; o el maridaje entre paramilitarismo y oligarquía que frustró los acuerdos de paz; o la violencia colonial que se ejerce contra los indígenas; o la pobreza estructural en la que están sumidos los países centroamericanos y caribeños, expulsores de oleadas de migrantes que no encuentran oportunidades en el reino de la desigualdad y la concentración de la riqueza en pocas manos?

¿No son esas auténticas crisis humanitarias? ¿Por qué no se movilizan en su denuncia las cancillerías latinoamericanas, las usinas mediáticas de los grupos hegemónicos, o los organismos regionales que ahora pretenden condenar a la Venezuela

³ El TIAR fue creado en 1947, en el contexto de la Guerra Fría y bajo la hipótesis de conflicto de una posible agresión extracontinental. Históricamente, el TIAR ha sido un instrumento de la dominación imperialista, que nunca se invocó –o se retorció jurídicamente su sentido y ámbito de aplicación– por ejemplo, en el marco de las invasiones y agresiones de Estados Unidos en América Latina: contra Guatemala en 1954, Cuba en 1961, República Dominicana en 1965, Nicaragua tras el triunfo de la Revolución Sandinista en la década de 1980, Granada en 1983 o Panamá en 1989. Y en otros casos, se incumplieron abiertamente sus postulados, como ocurrió en 1982 cuando la integridad territorial de Argentina fue violentada por Inglaterra durante la guerra de las Malvinas, y los factores geopolíticos pusieron en riesgo la alianza de los Estados Unidos con los británicos en la OTAN. Ahora, con Venezuela, no será la excepción.

bolivariana, cuya generosidad y solidaridad internacionalista con todos los pueblos de nuestra América, en campos como la salud y el suministro de recursos energéticos, sólo es comparable con la actitud desplegada durante décadas por la Revolución Cubana?

Frente a la conjura que se prepara una vez más contra la Revolución Bolivariana, y en ella, contra la soberanía y autodeterminación de todos nuestros pueblos, se impone reivindicar la Declaración de La Habana de la CELAC, del año 2014.

Allí se definió a América Latina y el Caribe como “zona de paz basada en el respeto de los principios y normas del Derecho Internacional”, y en la que los países asumían el compromiso de promover “la solución pacífica de controversias a fin de desterrar para siempre el uso y la amenaza del uso de la fuerza de nuestra región”, y de procurar “el estricto cumplimiento de su obligación de no intervenir, directa o indirectamente, en los asuntos internos de cualquier otro Estado”.

La buena noticia

No debemos asustarnos, ni ser pesimistas. La derecha no tiene un proyecto de futuro, sino que, al decir de Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, es la restauradora del decadente y fallido neoliberalismo (Esquivel, 2019), un proyecto muy inconsistente, que ahora choca con el escenario

internacional cambiado y con una hegemonía norteamericana muy cuestionada.

La fórmula neoliberal –particularmente la apertura comercial y la privatización– es incompatible con el proteccionismo unilateral de Trump y su política de “Estados Unidos Primero” que pretende “Hacer Estados Unidos grande otra vez”. Ello es otra razón para su fracaso ¿Qué sentido tiene el neoliberalismo frente a una guerra comercial que ha sumido en su peor crisis a la OMC, una vuelta a los acuerdos bilaterales con la apuesta de abrir los mercados regionales y desintegrar América Latina, y una presión extrema sobre las empresas estadounidenses para reorientar sus inversiones hacia EE.UU.?.

Más aún, la restauración conservadora gobierna sobre la base de la anulación de la política, el disciplinamiento social más extremo. Entonces, el problema acá es hasta qué punto se puede hablar de estabilidad. Las alternativas ofrecidas por los nacionalistas y los neoliberales garantizarían más estancamiento, desigualdad, degradación ambiental y acrimonia política, lo que conduciría potencialmente a desenlaces que ni siquiera queremos imaginar (Stiglitz, 2019). Ninguno de los gobiernos de carácter neoliberal que se han instalado en la región ha logrado ni puede lograr estabilidad alguna, como para proyectarse en un período prolongado (Boron, 2019).

A diferencia del proyecto neoliberal clásico de los años 90, de los años 2000; el actual es un neoliberalismo sin norte, sin estrategia. Se ha fortalecido en las calles, ha creado redes – nacionales, regionales e internacionales–; pero no tiene proyecto alternativo a las conquistas del ciclo progresista, por el contrario busca su abolición. Sus expresiones políticas son muy frágiles y su proyecto económico muy inconsistente. Así pues, en el mejor de los casos, cabría hablar de una restauración conservadora con un “neoliberalismo zombi”.

El neoliberalismo ya no funciona ni convence como antes, y los anhelos democráticos de los latinoamericanos son más fuertes que nunca. Los latinoamericanos ya sabemos a dónde va el cuento de las “reformas estructurales” y no nos dejamos engañar tan fácilmente. Dejarlo todo en manos del mercado y la iniciativa privada, abrir mucho más las economías a las transnacionales, retirar al estado de su función reguladora, sirvió para hacer más pobres y desiguales a nuestras sociedades, a la vez que desintegró en buena medida la escasa integración que hasta la década de los ochenta existía.

Los conservadores tendrán que reinventarse o, simplemente, acostumbrarse a ser oposición, ya que los pueblos del mundo han despertado (Ackerman, 2019). "Les va a resultar difícil a las derechas afianzarse solo a través del voto porque su gran problema hoy es que no tienen nada nuevo para ofrecer" (Casa América, 2019). Resurgen nuevos

aires. Y más temprano que tarde habrá otra oleada revolucionaria.

¿Qué hacer?

Pero para salir del laberinto neoliberal y construir las condiciones sostenibles para unas sociedades más justas y equitativas, es necesario operar desde el interior de la economía neoliberal misma. Se trata de una tarea compleja que requiere, además de tiempo, montones de imaginación política. En un artículo reciente, el premio nobel Joseph Stiglitz (2019), anticipaba ya algunas de las prioridades de esa tarea: restaurar el equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y los mercados; mermar la capacidad de las grandes corporaciones; cortar el vínculo entre el poder político y el poder económico.

Es fundamental trabajar por la unidad de la izquierda y por una convergencia popular amplia, aunque sea para avanzar un milímetro. Quizás lo más certero es lo obvio: reconstituir el espacio político de las izquierdas, pero empezando por el trabajo en los sectores populares, sin pensar en ellos como simples electores, sino como fuerza social que requiere constituirse en un poder dual sostenible en el tiempo; y, a la vez, se demanda un trabajo ideológico y cultural permanente, que contrarreste el pensamiento hegemónico de las derechas.

Enfrentada a un Estados Unidos proteccionista y decadente, enfrascado en una guerra comercial a gran escala y sin condiciones de proponer a la

región un plan seductor de asociación que la arrastre como tantas otras veces hacia su órbita en persecución de una asociación idílica, a América Latina no le queda otro camino que la integración regional para participar con cierto protagonismo en el escenario global. Ningún país de América Latina, ni siquiera el más grande por sí solo, tiene capacidad de conseguir un espacio importante en el mundo.

Los latinoamericanos necesitamos y tenemos la posibilidad de avanzar en nuestra integración sin el peso que significa combatir contra propuestas de integración provenientes de Estados Unidos y de Europa –enredados en sus propios problemas– como tradicionalmente ha tenido que hacer la integración latinoamericana, o sea, se da la posibilidad de pensar la integración por los propios latinoamericanos.

Cuba, que contra viento y marea ha resistido durante más de sesenta años las embestidas de la más poderosa potencia mundial situada a unos pasos de distancia, se pone al servicio de la verdadera integración latinoamericana; una integración autónoma, que sirva para solucionar los enormes problemas de subdesarrollo, pobreza e injusticia social.

Y la integración no es una utopía. Más bien, es la única y la más vibrante alternativa para un mundo creciente y claramente proteccionista condenado al fracaso. Como tal, representa la única oportunidad

que tenemos para la supervivencia de nuestras sociedades.

Como dijera Fidel Castro (1965), el líder de la Revolución cubana. Y cito:

“Estos pueblos de América saben que su fuerza interna está en la unión y que su fuerza continental está también en la unión. Estos pueblos de América saben que si no quieren ser víctimas de nuevo de la tiranía, sino quieren ser víctimas de nuevo de las agresiones, hay que unirse cada vez más, hay que estrechar cada vez más los lazos de pueblo a pueblo...”. Fin de la cita.

En un mundo donde no parece haber espacio más que para el lucro de mercado y el culto a la riqueza individual, nuestro país pequeño, pobre en recursos naturales y expuesto a la erosión generada por la sociedad de consumo y el bombardeo mediático inclemente, no renuncia a la construcción de una sociedad socialista.

Hoy, cuando contra Cuba se alza una constelación inédita de adversidades, aparecen de nuevo profetas asegurando que doblan las campanas por nuestro proyecto socialista. ¡Se equivocan una vez más!. En el fuego cruzado del combate político diario, Cuba continuará su lucha larga y tenaz, teniendo como un gran escudo protector algo de un valor que no es medible en cifras: la cultura política forjada a lo largo de varias generaciones en la escuela de la práctica

de una revolución profunda, y el magisterio de Fidel.
¡Somos continuidad y vamos por más socialismo!

Y aspiramos no solo a una Cuba Socialista sino a “un mundo... en que todas las naciones tengan iguales derechos; (...) aspiramos a una sociedad libre, de naciones libres, en que todos los pueblos – grandes y pequeños– tengan iguales derechos” (Castro, 1965). ¡Aspiramos a un mundo de paz!